

Pepo y el delfín rosa

ISABEL CÓRDOVA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Antonio Perera

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-89655-40-9

© Isabel Córdoba

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es



Pepo *y el* *delfín rosa*

ISABEL CÓRDOVA

 **DYLAR**
ediciones

Isabel Córdova



Isabel Córdova Rosas nació en Perú (Suramérica), pero se afincó en Madrid en el año 86. Hizo aquí sus estudios de doctorado en Filología Hispánica, Antropología Social e Historia de América. Actualmente dirige el periódico cultural *Correo de América*. En Perú fue directora del Instituto de Cultura del Departamento de Junín y de una revista, y profesora de la Universidad.

En su país natal publica libros desde 1971, pero es en España donde ha escrito más literatura infantil. Ha publicado libros de carácter didáctico (*Neruda para niños*, *Las literaturas de la América precolombina*) y varias novelas de aventuras y muy divertidas, por ejemplo, *Pirulí* o *Ada nunca tiene miedo*.

Rellena tu ficha



La autora de *Pepo y el delfín rosa* se llama
y nació en, un país que está en Suramérica. Realizó sus doctorados en Madrid, pero en Perú trabajó en varias cosas; por ejemplo

.....

Se afincó en Madrid en 1986 y desde entonces ha publicado aquí varias de aventuras y muy divertidas. La primera fue *Pirulí*; otra se titula

.....

También ha escrito y publicado varias obras desde el año en su país.



El río más grande del mundo

Kukuli vivía en una aldea de la selva frente al río más ancho, más caudaloso y uno de los más largos de la tierra.

Todas las mañanas la niña se acercaba a la orilla y después de aprisionar a los peces más incautos se hacía la misma pregunta: «¿adónde irá a parar tanta agua que lleva el Gran Río? ¿Cómo será ese lugar?».

A veces trepaba al árbol más alto y sólo alcanzaba a ver, en la borrosa línea de la lejanía, cómo el río Amazonas resplandecía igual que una ser-



piente dorada por el sol del atardecer, para perderse entre el bosque fragante de árboles, flores bellas, y aves de colores, como lámparas encendidas, que no cesaban de cantar.

Cierto día, llena de curiosidad, se acercó al anciano jefe de la aldea, que descansaba recostado en una hamaca y le preguntó:

—Señor, ¿dónde termina el Gran Río?

—A miles de kilómetros siguiendo la corriente; allí donde el Sol aparece cada mañana, sobre una superficie de agua salada más grande que la misma tierra —le respondió.

—¿Podré conocerla algún día, señor?

—¡Nunca! —le respondió el anciano.

Kukuli se sintió muy apenada, pero inmediatamente después se apoderó de ella una curiosidad mucho mayor.

—¿Y por qué, señor?

—Porque los que han ido, nunca han vuelto y porque tú eres una chica —dijo el anciano y frunció las cejas demos-

trando que estaba al borde del enfado. Kukuli no se dio por enterada. Hizo una mueca de disgusto y exclamó:

—¿Y los chicos sí pueden ir?

—Los chicos y las chicas tal vez puedan ir, si van con una persona mayor, pero no lo sabremos nunca; te repito que nadie ha vuelto de ese viaje.

—Pero algún día iré, señor.

—Ni lo intentes, niña terca —replicó el anciano, abrió los ojos desmesuradamente y luego los cerró con mucha majestad—. Algunos insensatos lo han intentado, pero de ellos ahora sólo nos queda su recuerdo.

—¡Algún día iré! Y tal vez mi amigo Pepo me ayude, él sabe infinidad de cosas, es muy listo y ha viajado por muchas partes.

El anciano prefirió quedarse callado. «Esta chica está chiflada», pensó; se puso de pie y caminó hacia donde había una vara. Kukuli al verlo creyó que iba a darle unos buenos azotes y salió pitando.

Corrió sin detenerse hasta la orilla del río y se tumbó. Contempló embelesada el agua, apenas ondulada por el soplo del viento tibio. Pensó en las mil maneras de llegar hasta el lugar prohibido y descartó una posibilidad más: definitivamente no podría ir caminando por la orilla, río abajo, por el temor de tropezarse con serpientes que matan antes de contar hasta veinte después de la picadura; y otras que se tragan entero a un becerro; cocodrilos que devoran de un solo bocado a un cazador; arañas peludas grandes como gallinas, por no hablar de todos los parientes americanos del león.

Un día, como todas las mañanas, Kukuli hundió su cesta en el río, dejó correr la cuerda a la que estaba atada y esperó.

Poco después, una leve sacudida le indicó que había caído un pez. Tiró rápidamente de la cuerda y arrastró la cesta hasta la orilla. Había muchas algas y algunos pececillos.

Para su asombro, oyó una voz misteriosa:

—¡Buenos días, Kukuli!

La niña dejó el cesto en el suelo, retrocedió unos pasos. Giró la cabeza de un lado a otro, y al no ver a nadie, corrió a esconderse detrás del primer árbol que encontró.

Dicen que en la selva hay muchos espíritus sueltos, algunos son muy malos y otros son traviosos y, a veces, juegan malas pasadas a los incautos.

Pero Kukuli era de las niñas que nunca se acobardaban. Armándose de valor y fingiendo una voz algo mayor que la suya gritó:

—¿Quién habla?

—¡Yo! —le respondió una vocecilla desde lejos.

Kukuli salió de su escondite, escudriñó por todas partes y, al no ver a nadie, dijo:

—¿Dónde estás?

—¡Aquí, en la cesta! ¡Date prisa porque me asfixio!



Se acercó algo temerosa, despacio, muy despacio, y con gran sorpresa descubrió a un hermoso pececillo de escamas doradas que agitaba sus brillantes aletas como abanicos diminutos.

—¡Hola, amiga! —le dijo moviendo su pequeña boca.

A Kukuli se le pusieron los pelos de punta, retrocedió unos pasos y luego estiró el cuello para fijarse nuevamente en el inesperado personaje.

—¡Kukuli! ¡Devuélveme al Gran Río, por favor! —le pidió angustiado el pez.

La pequeña se acercó de puntillas, encontró al pececillo de relucientes escamas doradas que se retorció dentro del cesto y para asegurarse de que no estaba soñando, le dijo:

—¿Quieres hacerme creer que eres tú quién habla? —caviló unos instantes y luego añadió—: ¡Ah, ya caigo! ¡Esto es obra de Rufino!

—No digas bobadas Kukuli —le replicó el pez—. Rufino es un brujo muy bueno, pero jamás podría hacer que hablaran

los animales. Todos los animales hablamos, sólo que hay que saber entendernos.

—Si no eres obra de Rufino, entonces dime: ¿quién eres?

—Soy el Pez Dorado y si me devuelves al Gran Río, te voy a conceder muchos favores.

—¿Cualquier favor?

—¡Todos los que tú me pidas!

Los ojos de Kukuli se iluminaron como dos diminutas estrellas en su rostro moreno.

—¿Lo que yo quiera?

—¡Sí!

Kukuli pensó que había llegado el momento preciso para realizar el sueño de su vida e insistió:

—¿Por imposible que fuera el favor que yo te pida?

—¡Que sí! Pero date prisa, que me estoy desvaneciendo.

—Está bien, pero no olvides tu promesa.

Kukuli devolvió al Pez Dorado al Gran Río y vio cómo se perdía en sus profundidades. Mientras esperaba su retorno llena de ansiedad, caminó de un lado a otro, siempre al borde de la orilla, pero su nuevo amigo no volvía.

Se sentó frente al río, a la sombra de una palmera majestuosa cargada de cocos y de monos tití, éstos tan pequeños que caben en la palma de una mano y, cansada de esperar, se quedó profundamente dormida.